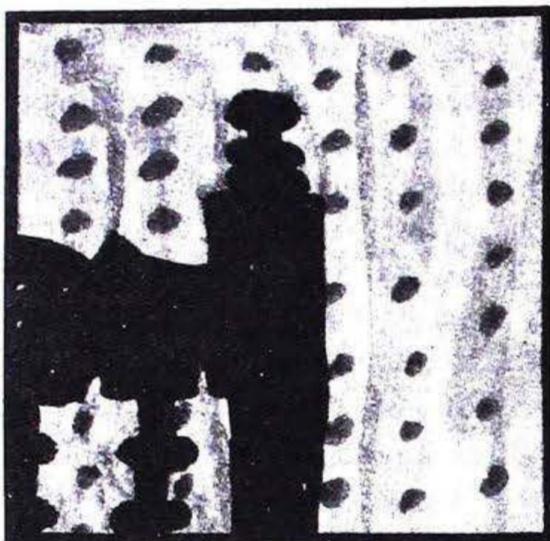


riedad de la tierra y muy probablemente estimular la colonización hacia el interior de la reserva”.



El epílogo, “La Universidad Nacional y la crisis de La Macarena”, por el doctor *Ricardo Mosquera Mesa*, es un magnífico documento, de lectura amena, que analiza y resume los conflictos ecológicos y los socioeconómicos. Por limitación de espacio transcribo solamente dos partes: [La Macarena], por sus condiciones de aislamiento geográfico y de punto de encuentro de elementos biológicos de origen andino, amazónico y del escudo de las Guayanas, ha permitido la formación de un sistema ecológico variado, frágil y complejo, que al favorecer la evolución aislada de especies ya desaparecidas en otras zonas, se ha convertido en un banco genético de trascendental importancia para el futuro de la humanidad; para muchos la superficie de la reserva —definida por el decreto 2936 de 1965 en 1.131.350 hectáreas— es exagerada, argumentando además que es utópico plantearse la conservación y adecuado aprovechamiento de un área tan extensa. Por ello, desde hace varios años, para dar cauce y legalidad al proceso de legalización [...] se viene abriendo paso a un realineamiento que define cerca del 75% del territorio [...] el área de la reserva quedaría en esta forma limitada, fundamentalmente, a la meseta rocosa central, es decir, a la parte montañosa, cuyas condiciones topográficas, se considera, desestimularían la colonización, por hacer en extremo difícil las actividades agrícolas”.

Para reforzar los argumentos del doctor Mosquera Mesa, agregamos:

la política ecológica mundial recomienda la conservación de grandes zonas en lugar de muchas pequeñas. En la isla o reserva de Barro Colorado, zona del canal de Panamá, se ha constatado que el número de aves ha disminuido, a causa de la poca extensión de la zona preservada. Y en cuanto a La Macarena, no vale conservar la parte rocosa, carente de agua en los veranos, que obliga a los mamíferos a descender a los valles y ríos para encontrar su muerte a manos de los colonos. La Macarena no es un buen lugar para esconderse, fácilmente se puede rodear. Y si las Farc se localizaron allí, fue por la facilidad para sustentarse mediante la caza y la pesca. Quienes conocimos La Macarena Inmaculada (título del libro que resume la primera expedición botánica) pudimos ver millares de cafuches y de saínos cruzando nuestras trochas; nutrias y dantas que compartían con nosotros las orillas de los ríos; pajiles, pavas, etc., y la pesca no era deporte, porque bastaba un cesto para aprisionar diversidad de especies.

ALVARO FERNÁNDEZ PÉREZ

No sólo mosquitos

Manglares y hombres del Pacífico colombiano
Henry von Prael, Jaime R. Cantera y Rafael Contreras

Fondo Fen Colombia, Bogotá, 1990, 193 págs.

Esta obra sobre uno de los bosques más importantes de los trópicos, el manglar, y su relación con nuestros connacionales, en especial los de la costa occidental, aparece en un momento muy oportuno, si consideramos que se avecinan cambios enormes en esa región. El libro se ha dividido en cinco capítulos no numerados y, a diferencia de la mayoría de las obras recientes, carece de prólogo o prefacio. La primera sección, La

cuenca del Pacífico colombiano (págs. 7-14), hace las veces de introducción, dando información general sobre clima, zonas de vida, corrientes superficiales y geomorfología. Estuarios y lagunas costeras (págs. 15-29) es el nombre del segundo capítulo, el cual involucra varios temas: estuarios y sus características físico-químicas (mareas, corrientes, temperatura, salinidad, turbidez, oxígeno disuelto, pH, nutrientes), sus tipos (según su geomorfología, su circulación y la mezcla de aguas) y lagunas costeras (asociadas con sistemas fluvio-deltaicos, de barras, erosivas y tectónicas); aquí aparece insertado un mapa plegable de los sistemas costeros del Pacífico colombiano. Manglares (págs. 31-79) presenta las características generales de ese grupo de plantas y su sistemática, que incluye las familias *Rhizophoraceae* (dos o tres especies), *Avicenniaceae* (una o dos especies), *Combretaceae* (dos especies), *Theaceae* (una especie), *Caesalpinaceae* (una o dos especies); además se incluyen otras plantas asociadas, la biogeografía, zonación, sucesión, distribución, suelos, enfermedades y herbivorismo en los manglares. Otros temas incluidos en esta sección son la función del ecosistema manglar-estuario como hábitat, su productividad, la descomposición, sus principales biotopos, los organismos asociados (microorganismos, el plancton estuarino y las comunidades bentónicas), así como una clave visual plegable para identificar las especies de manglares y dos plegables ilustrados de los manglares de barra y los invertidos.

El cuarto capítulo se titula Principales adaptaciones de los animales bentónicos que habitan zonas de manglar (págs. 81-134), analizadas según hábitat: zonas fangosas, árboles, cuerpos de agua, terrestres, y según grupo taxonómico (peces, crustáceos, moluscos, vegetales, insectos y vertebrados terrestres); igualmente incluye una lista taxonómica de organismos que cubre algas, poliquetos, moluscos, crustáceos, peces, reptiles, aves y mamíferos. El último capítulo, de gran interés sociológico y denominado El hombre y el manglar (págs. 135-184), resume la histo-

ria del hombre de los primeros asentamientos, el hombre actual, las actividades agrícolas y pecuarias alrededor del manglar, la utilización del recurso forestal por el nativo e industrialmente, de forma manual o mecanizada, la pesca artesanal y sus diferentes modalidades y objetivos, la caza, la pesca industrial, las artesanías, la acuicultura de moluscos y crustáceos, y la salud humana. La Bibliografía se halla dividida, poco lógicamente, en tres partes, una sobre el mar de Balboa y sus estuarios (44 citas), otra sobre el ecosistema como hábitat (48 citas) y una última sobre el hombre y el manglar (48 citas); empero y quizá por esa misma división faltan referencias del texto, por ejemplo: sólo de las primeras 56 páginas no se listan Pritchard (1967) y Barnett y Hunter (1972). Otros pocos errores e inconsistencias detectados son la carencia de numeración en las figuras, lo que las hace de difícil seguimiento, la ausencia de definición sobre las especies de manglar involucradas y su distribución (por ejemplo: sobre *Rhizophora* nos quedamos sin saber cuál es el estatus de *R. samoensis* o de *R. brevistyla*, si *R. racemosa* realmente existe en nuestro Pacífico, ni de qué lugar del Caribe ha sido citada *R. harrisoni*); en la lista de mamíferos del manglar aparece el mapache como tigrillo, *Odocoileus* sp. como el nombre del venado (obviamente *O. virginianus*, única especie del género que penetra a América del Sur) y *Tursiops truncatus* como el bufeo de los manglares, pero no hay una referencia que lo demuestre.

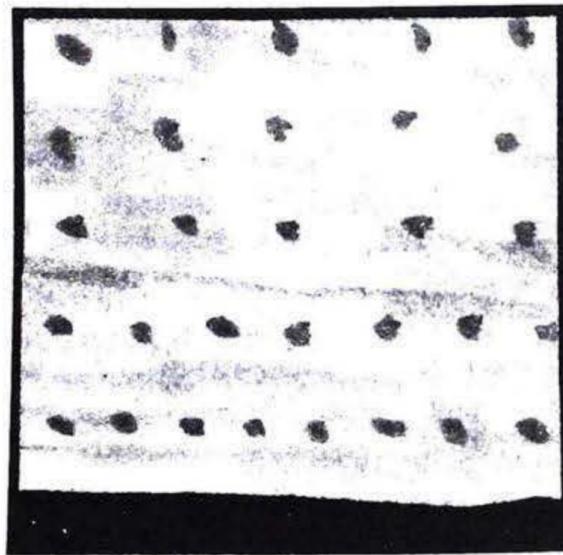
Los autores y editores se llevan todas las felicitaciones. ¿Las merecemos los otros colombianos si, en un afán de desarrollo y modernidad, sacrificamos los manglares del Pacífico (como ya ocurre en Málaga o en Sanquianga) y dejamos que la riqueza marina de nuestra región occidental se reduzca al mínimo?

ARTURO ACERO P.

Siguen las flores

Orquídeas nativas de Colombia. Volumen 2: *Elleanthus-Masdevallia*
Rodrigo Escobar R.
Compañía Litográfica Nacional, Medellín, 1991, págs. 151-289.

Acaba de aparecer el segundo volumen de esta excepcional serie sobre las plantas que incluyen nuestra flor nacional. El libro mantiene el elevado nivel de calidad, tanto en las ilustraciones como en los textos, que lo hace no sólo un excelente ejemplar para presentes, sino una guía de adecuado estilo científico.



El texto está encabezado por unas Notas Históricas (págs. 151-153) escritas por C. A. Luer, biólogo estadounidense del Jardín Botánico de Missouri, donde se presenta un resumen de la orquideología en tierras colombianas. Luego R. Escobar escribe cortas biografías de 14 personajes bajo el título de Colectores y Botánicos más importantes en la Historia de la Orquideología en Colombia (págs. 154-159); es interesante que la mitad de los orquideólogos incluidos son alemanes, destacándose el barón Alexander von Humboldt, gigante humanista, y los monstruosamente egocéntricos Reichenbach y Schlechter. Entrando en materia, la obra analiza 33 géneros de orquídeas gracias a la labor de Pedro Ortiz V., quien estudió el 48% de los grupos, ayudado por C. H. Dodson (cuatro géneros) y otros 13 autores; entre los

géneros más importantes estudiados por el padre Ortiz, de la Universidad Javeriana, se destacan *Elleanthus* con más de 50 especies colombianas, seis de ellas ilustradas, y *Macradenia* con tres formas, dos ilustradas en cinco fotografías, mientras que el Dr. Dodson, curador del Jardín de Missouri, analiza con mucho rigor a *Helcia*, transfiriendo formalmente dos especies (ambas ilustradas) de *Trichopilia* a ese género. *Epidendrum*, estudiado por el aficionado mexicano E. Hagsater, incluye unas 200 especies nacionales, 23 de ellas ilustradas; *Góngora* es presentado por R. Jenny, científico suizo, con varias especies en Colombia, nueve fotografiadas; *Huntleya*, trabajado por el aficionado paisa G. A. Aguirre A., involucra ocho especies nacionales, cinco ilustradas; *Kefersteinia*, revisado por el científico estadounidense R. L. Dressler, comprende unas 10 formas colombianas, todas fotografiadas; *Lepanthes*, probablemente con centenares de especies, 29 ilustradas, estudiado por Escobar; *Lycaste* es analizado por M. Ospina H. (hijo del expresidente Ospina Pérez) y están representadas sus numerosas formas por siete especies; *Masdevallia*, estudiado por el matrimonio aficionado alemán de los Koniger, también es multiespecífico y aparece con 39 fotografías.

Crece la expectativa por la terminación de la empresa editorial en que se han embarcado la Sociedad Colombiana de Orquideología y colaboradores; todos los compatriotas con posibilidades de hacerlo deben incluir en su biblioteca la hermosa colección analizada.

ARTURO ACERO P.